

¿CÓMO ANUNCIAR LA EXPERIENCIA CRISTIANA A LOS JÓVENES DE HOY?

ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ

Como ya expusimos en un artículo anterior¹, las estructuras sociales tradicionales (sobre todo, la familia y la escuela), que garantizaban en España una pacífica y legitimada transmisión de la fe, ya hace años que no desempeñan la función que en otros tiempos han ejercido en la socialización religiosa de cada nueva generación. Hoy la socialización cultural y la religiosa no solamente no coinciden, sino que en ciertos momentos entran en conflicto explícito. La sociedad española, secularizada y pluralista, ya no se siente concernida en absoluto por la tarea del anuncio de los contenidos de la fe y de la moral cristianas.

Esta situación nos ha obligado, entre otras cosas, a reconocer que la transmisión de la fe no puede ser planteada como una simple información o como un adoctrinamiento. Durante siglos se ha transmitido la fe como un mero proceso de «enseñanza de doctrinas». El éxito de la operación dependía del grado de asimilación teórica de las verdades expuestas y de su expresión existencial a través del cumplimiento voluntarioso de las normas morales, claras y tajantes. Este modelo de comunicación de la fe no sólo se ha desmoronado por razones de tipo histórico, social y cultural, sino también porque no tenía en cuenta la realidad compleja de la fe, como experiencia vital de encuentro con la salvación de Dios, revelada en Jesús de Nazaret, el Señor.

¿Puede transmitirse esta experiencia de encuentro? ¿Puede transmitirse el don de la fe? ¿No habría que hablar mejor de mediación de la experiencia cristiana? La llamada transmisión de la fe tendría que propiciar el conocimiento personal de los contenidos cristianos, pero, sobre todo, habría de preparar al sujeto para la acogida consciente y libre de la presencia de Dios en su vida, y

¹ *La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los años 90*: Proyección 43 (1996) 134-135.

de lo que ello comporta. La mediación de la experiencia cristiana resulta así un proceso mucho más complejo, que la simple transmisión de un saber y de unos contenidos.

La fe que queremos anunciar

La fe tiene ciertamente un contenido, que no puede ser ni olvidado ni mutilado. En la experiencia cristiana el acto personal de fe y la aceptación vital de su contenido deben estar unidos de forma indisoluble. Ningún elemento puede prescindir del otro. La fe consiste en entregarse confiadamente al Tú de Dios. Es un encuentro personal que compromete a todo nuestro ser, y en el que aceptamos la palabra que Dios nos dirige.

La dimensión personal de la fe se descubre claramente en la historia de Abrahán. En su vida y en su destino se pone de manifiesto de una manera ejemplar lo que significa creer: un entregarse incondicionalmente a Dios, un ponerse en sus manos. Abrahán obedece fielmente a pesar de que la prudencia y los cálculos humanos están en contra. Pero la palabra de Dios tiene para él más fuerza que todo lo demás. Ella es la luz tras la que camina y que le proyecta hacia el futuro, hacia lo desconocido. Creer significa fundarse en Dios y entregarse a su misterio.

La experiencia religiosa de Abrahán pone de manifiesto que creer supone, al mismo tiempo, la escucha atenta de palabras y de exigencias. Pero la aceptación de esos contenidos concretos se basa en la entrega total y sin reservas del creyente a Dios, que le sale al encuentro. El acto de fe, como abandono del ser humano en manos del Tú absoluto, muestra su seriedad cuando se da el compromiso personal con la palabra, con la promesa, que parece muchas veces en contradicción con los planes y expectativas del hombre.

Si se pregunta dónde radica lo decisivo de la experiencia cristiana, habrá que responder: en la fe en cuanto fundamento de la existencia en la persona de Jesucristo. Quien vive eso con coherencia, tiene la fuerza necesaria para prestar también su asentimiento al contenido de la fe y a su expresión concreta. El cristiano no cree en una trascendencia anónima, sino en el Dios que anuncia Jesús como salvación y misericordia infinita. La expresión «seguimiento de Jesús» manifiesta el sentido último de la fe cristiana. Pero ese seguimiento no es una mera actitud existencial, ni un simple compromiso de vida. Es seguimiento de Alguien. La fe como contenido es, en su esencia, la historia de Jesús el Cristo, como punto culminante de la Historia de la Salvación, transmitida, reflexionada e interpretada por la Iglesia a lo largo de los siglos.

El elemento doctrinal de la fe fue surgiendo ya durante los primeros siglos, en un proceso necesario y legítimo, por la confrontación de la experiencia cristiana con otras tendencias culturales y religiosas, frente a las cuales tenía que

diferenciarse y consolidarse. La doctrina es una consecuencia de la relación real que tiene el contenido de la fe y la inteligencia del creyente. Sin embargo conviene recordar que la doctrina no debe suplantar otros lenguajes de la fe como son el de la alabanza o el de la narración.

La aceptación de una doctrina ha de hacerse desde la experiencia vital de la fe, como entrega absoluta a Dios Padre, revelado en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu, a través de la mediación de la Iglesia. Ella es para el cristiano la madre de la fe, porque ella es la portadora de la revelación y el último sujeto de la fe. La Iglesia es la comunidad que ofrece y anuncia la fe. De ella recibimos la fe: de su palabra, de su actuación, de su vida.

La Iglesia debe mantener la revelación cristiana en su integridad. Pero no la transmite como una fórmula muerta, sino como una palabra viva, que ilumina todo momento histórico. Y para eso ha de tender un puente entre la revelación y cada generación cristiana. Por consiguiente, no basta con repetir de forma mecánica las palabras de siempre. Es preciso traducirlas, conservando su propia verdad e intentando hacerlas inteligibles al hombre concreto de cada tiempo. Esto no es fácil, pero resulta imprescindible. El anuncio de la fe, que la Iglesia realiza como tarea insoslayable, que brota de su mismo ser como sacramento universal de salvación, está también incluido en este esfuerzo interpretativo y misionero. Por tanto, todo el que anuncia la fe actúa en nombre de la Iglesia: el proceso de comunicación de la fe hace referencia siempre a la comunidad eclesial, como condición ineludible de posibilidad.

Los jóvenes como destinatarios

El anuncio de la fe no se realiza en el vacío. Se vive, se piensa, se cree y se confiesa la propia opción religiosa en un contexto sociocultural concreto. El mensaje evangélico, sin manipulaciones ni mutilaciones, ha de ser interpretado adecuadamente, desde la fidelidad a la revelación de Dios en la historia, de forma que sea comprendido y aceptado por los jóvenes de hoy. Pero para que hagamos posible ese encuentro entre los jóvenes y la fe, es imprescindible que conozcamos su situación, sus valores, sus inquietudes, sus preguntas y demandas².

De acuerdo con las encuestas y los estudios realizados en los últimos años, los jóvenes de hoy son sorprendentemente realistas. Esta actitud de realismo frente a su propia situación y ante la sociedad, en la que viven, los conduce, en su vertiente positiva, hacia una valoración de lo personal y concreto frente a lo institucional y abstracto. Por otro lado, gran parte de los jóvenes han renuncia-

² En este punto resumimos brevemente el artículo citado y el publicado anteriormente: *Los interrogantes que plantea la religiosidad juvenil*: Proyección 43 (1996) 186-202.

do a la utopía de transformar el mundo. Ese escepticismo se concreta en un reformismo muy sensato y posibilista. Prestan escasa atención a los programas políticos que abogan por soluciones revolucionarias para los problemas sociales. Canalizan sus energías reivindicativas hacia objetivos personales o del pequeño grupo.

Aceptan sinceramente el pluralismo social. Son sensibles a la legitimidad y riqueza de las diversas culturas. No se escandalizan ante las diferentes escalas de valores y aceptan con naturalidad las discrepancias. Se ven a sí mismos más libres y más tolerantes. El papel de la amistad ha crecido en los últimos años entre los jóvenes. La familia va perdiendo su protagonismo en el proceso de socialización de adolescentes y jóvenes: los patrones a seguir en la vida no son ya los difundidos por la familia. Parece que los jóvenes se socializan entre sí. Los modelos serán cada vez más los propios jóvenes, en una sociedad más compleja y desconcertada. El papel de los amigos y la ritualización de la imitación se convierten poco a poco en las claves de la nueva socialización juvenil.

Los jóvenes españoles tienen un gran sentido lúdico y festivo. Para ellos el tiempo cronológico se ha fracturado totalmente: el tiempo de trabajo o estudio, totalmente normativizado, rutinario y dependiente frente al tiempo de la fiesta, que es vivido como un tiempo libre de toda coacción y norma. Se comprueba la tendencia a reducir las aspiraciones económicas para poder disponer de tiempo libre del que poder disfrutar. Por otro lado, en los últimos años se ha detectado un aumento sensible en la disposición a la solidaridad, que se concreta en el compromiso, numéricamente minoritario (sobre un 12% de jóvenes), pero significativo, con los nuevos movimientos sociales.

Los jóvenes de hoy padecen una gran falta de identidad personal y una aguda fragmentación interna que les genera inseguridad psicológica y, con frecuencia, una baja autoestima, que son alimentadas también por la incertidumbre social y laboral, pues el paro es, para nuestros jóvenes, el mayor de los problemas sociales. Así se explica su búsqueda incesante de espacios de seguridad y de apoyos emocionales.

El interés por la política ha descendido de forma espectacular en los últimos años. Los temas políticos no forman parte de sus conversaciones habituales ni su actitud hacia las formas institucionalizadas de participación política es muy favorable. Lo decisivo es vivir aquí y ahora. El futuro es vivenciado por los jóvenes como una auténtica amenaza. En su lenguaje cotidiano se pueden rastrear la perplejidad, la inseguridad y la preocupación que provoca ese futuro incierto y complejo: «no sé», «ya veremos», «depende»...

La dolorosa discrepancia entre el deseo de independencia y los límites reales de la misma ha sido una de las razones más poderosas por las que esta generación de jóvenes ha instituido y casi sacralizado su radicación casi exclusiva en

el presente. El deseo de vivir al día ha sustituido la planificación del proyecto a largo plazo. Tienen una actitud relativista y viven en una gran provisionalidad existencial. Esto crea en los jóvenes de hoy un acusado pragmatismo, orientado constantemente hacia lo útil en cada instante, atentos siempre a acomodarse a las necesidades del momento. Su comportamiento parece orientado hacia el consumismo hedonista. Adolecen de poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables. La búsqueda de la gratificación inmediata condiciona la solidez de todo compromiso: sólo se mantiene si resulta agradable para el sujeto. No es aceptable una opción que se deba mantener con el esfuerzo ascético.

En resumen podemos decir que nuestros jóvenes se ven sometidos al riesgo de la formación de identidades y personalidades fragmentadas, vulnerables, acomodaticias, consumistas y mudables. Pero también hay que reconocer que están hoy más capacitados para las relaciones personales y más liberados de prejuicios sexistas, son más tolerantes y más espontáneos, están mejor informados y tienen un mayor nivel de educación, son más realistas y pragmáticos, y poseen una actitud más equilibrada frente a las diversas polarizaciones que suelen aparecer en la vida personal y social.

En el aspecto religioso podemos afirmar que la gran mayoría de los jóvenes son sensibles a lo trascendente, creen en Dios, en el Dios de la fe cristiana (en un 70%), a quien rezan, sobre todo de forma individual en momentos especialmente significativos para ellos, mientras desciende paulatinamente la práctica religiosa institucionalizada. No se puede hablar, por tanto, de irreligiosidad de los jóvenes, pero sí de graves deficiencias en la coherencia interna de sus contenidos doctrinales y en su vinculación eclesial. Sería un milagro que los jóvenes presentaran una coherencia doctrinal, que hoy parece estar incluso ausente en el universo católico practicante, por el escaso peso de la Iglesia católica como factor de socialización, por las dificultades y carencias de las clases de religión y grupos de catequesis.

Y esta apreciación nos enfrenta con un problema que consideramos acuciante: los contenidos de la fe. Nos encontramos ante una religiosidad juvenil cada vez más desvinculada de un código dogmático normativo y conectada a razones de tipo vital y de tradición cultural. Es patente la fragilidad de la socialización religiosa, en particular cuando se trata de contenidos, de los aspectos intelectuales de la transmisión de la fe. Sin embargo, esto no ha llevado, hasta ahora, a los jóvenes españoles a echarse en los brazos de las sectas. Solamente para un 6% las sectas corresponden a «formas religiosas válidas».

Las incoherencias con la doctrina establecida responden también, al parecer, al hecho de que los jóvenes no encuentran en la transmisión de esas creencias una traducción para su vida cotidiana. Se detecta en las encuestas que las creencias religiosas no parecen tener un traslado real a la vida de los jóvenes

españoles: hay poca relación entre los dogmas asumidos intelectualmente y los temas centrales de la vida del joven.

Se da un divorcio entre las demandas más o menos explícitas de los jóvenes a la Iglesia y la oferta que hace ésta. Parece ser que los jóvenes plantean esencialmente demandas de sentido, buscan respuestas a sus necesidades cotidianas, mientras que perciben que la Iglesia responde imponiendo normas cuyo cumplimiento, en más de un caso, no entra en el universo de lo culturalmente plausible. En la configuración de su experiencia religiosa prescinden en un gran número, o están al margen de las iniciativas e intervenciones educativas de la Iglesia. Esta ha visto disminuir aceleradamente su papel como instancia orientadora.

Acompañamiento personal y transmisión de los contenidos

Si el objetivo del anuncio de la fe a los jóvenes radicara solamente en la transmisión de unas verdades que hay que creer, de unos mandatos que hay que observar y de unos sacramentos que hay que recibir, entonces el gran instrumento sería un catecismo y una enseñanza sistemática de su contenido. Al catequista se le exigiría competencia intelectual y cierta ejemplaridad de vida. Pero si la meta es posibilitar el acceso consciente y libre a la experiencia cristiana, ayudar al descubrimiento vital del misterio de Dios, revelado en Jesucristo como misericordia y salvación, entonces la clave del anuncio evangélico está en el encuentro, como realidad esencial del acompañamiento personal.

Cualquier estructura que se utilice, cualquier subsidio o medio que se emplee en la comunicación de la fe, debe estar dirigido a facilitar ese encuentro (que culminará en el encuentro sacramental), si realmente aceptamos que la experiencia cristiana es, ante todo, una experiencia de vida, de vida en el espíritu. Naturalmente no pueden faltar los elementos cognitivos de la fe: la reflexión y transmisión de los contenidos. Pero esto ha de hacerse desde el encuentro, en donde realmente se hace viable la asimilación de la fe como el valor central del individuo, que le encamina a la celebración de los sacramentos y al compromiso.

1. El acompañamiento personal

¿Quieren realmente los jóvenes ser acompañados por un adulto creyente? ¿Pueden los adultos acompañar desde la fe a los adolescentes y jóvenes de hoy? Las respuestas a estas preguntas no resultan fáciles. Sin embargo, parece comprobarse en el ambiente juvenil un clima más propicio para el acompañamiento personal que hace unos años. La confusión ideológica, la soledad, la incertidumbre ante el futuro, que genera una sociedad altamente compleja y pluralista, están provocando en los jóvenes una búsqueda constante de apoyos

emocionales que den consistencia a sus personalidades fragmentadas. Ansían respuestas, buscan maestros, guías, gente con experiencia, que abran caminos y brinden seguridad.

El joven de hoy valora mucho la amistad, pero sus relaciones son superficiales y poco comprometidas. Desea comunicarse, pero es con frecuencia indiferente a los contenidos de la comunicación. Aspira a sentirse acogido incondicionalmente, y al mismo tiempo no se ve capaz de ofrecer fidelidad. Quiere ser escuchado, pero no parece estar disponible para escuchar. Siente un anhelo profundo de sentido, y sin embargo parece relativizar todas las ofertas. Ha sido mimado excesivamente en su infancia, y hoy se ve huérfano, sin ideologías que lo arropen, sin pasado y sin futuro, sin padres.

«¿Y si le acompañáramos en su orfandad, sin dejarnos engañar por sus aires de seguridad? ¿Y si no nos resignáramos al vacío de socialización en que vive y que suple como puede? No hay mejor socialización que la de la compañía constante. Esta sería la propuesta»³.

Esa es la propuesta. Pero ¿sabrán acoger al joven de la fragmentación interior, de la vulnerabilidad y de la inconsistencia, de la falta de identidad los adultos de ideas claras y principios firmes, de personalidades consistentes e identidades fuertes? ¿Podrán asumir actitudes de acompañantes y corazón de compañeros?⁴.

Este es el desafío en estos momentos para la comunicación de la fe, cuyo éxito, a nivel humano, sólo está garantizado por el acompañamiento personal del joven.

¿Cuál es la finalidad de este acompañamiento?

Ayudar al joven:

- en el conocimiento real y en la aceptación serena de sí mismo, de su historia, de sus posibilidades y límites,
- en la articulación y profundización de su experiencia cristiana, sobre todo, descubriendo quién es y qué significa para él Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
- en el discernimiento de la voluntad de Dios en su vida y en la realidad que le rodea,
- en la realización de un proyecto de vida, desde la experiencia de la comunidad eclesial,
- en el proceso de una responsable y gozosa decisión vocacional.

³ J. MARTÍNEZ CORTÉS, *¿Qué hacemos con los jóvenes? (Juventud /Sociedad /Religión)*, Sal Terrae, Madrid 1989, 47.

⁴ Cf. J. L. MORAL, *¿Acompañantes sin compañeros? Actitudes de acompañante, corazón de compañero: Misión Joven 204-205 (1994) 9-20.*

Podríamos describir el acompañamiento personal como un camino, por el que pedagógicamente, según su ritmo propio, el joven, con el apoyo incondicional y cercano del acompañante, va alcanzando las etapas de su madurez humana, de la personalización de la fe, del compromiso y de la opción vocacional. El acompañamiento es, ante todo, un encuentro interpersonal en la fe, que hace posible la experiencia y la asimilación de los valores centrales para el cristiano. En ese encuentro se intenta unificar a la persona del joven mediante una columna vertebral: la experiencia nuclear de la fe en Dios Padre, revelado en Jesús el Señor por la fuerza del Espíritu.

Se busca integrar su personalidad desde la experiencia del seguimiento de Jesús, haciendo de la fe el núcleo aglutinador de todo el engranaje interior del joven. El fin del acompañamiento personal es la gestación de una persona, que se sienta poseída y guiada por el espíritu de Jesús, mediante la asimilación de los criterios evangélicos. Se trata de que el joven acompañado sepa leer su propia vida, en totalidad, como historia de salvación⁵.

«El acompañamiento espiritual no puede contentarse ni quedarse en la simple maduración de la personalidad humana, pues incluye como elemento nuclear la formación de la conciencia moral, la experiencia de oración, el sentido comunitario de la fe y el discernimiento vocacional. El sentido religioso cristiano como elemento totalizante de la vida del creyente se nutre del "conocimiento interior" de Jesucristo. La fe lleva a situarse dentro de la Iglesia y el mundo en actitud de absoluta disponibilidad»⁶.

El acompañamiento ha de llevarse a cabo en un marco comunitario, no sólo porque sea una misión eclesial, sino porque además, desde el punto de vista educativo, teológico y pastoral, no puede realizarse sin el apoyo del grupo de fe, y sin la referencia a la comunidad a la que pertenece el agente de pastoral que actúa como acompañante. Si el adolescente o el joven no está inserto en un grupo, difícilmente el acompañamiento personal logrará su meta, tal como la hemos explicitado más arriba. El grupo actúa como una especie de control de calidad y lugar de verificación: purifica de subjetivismo su experiencia religiosa, aviva el sentido comunitario de su fe, acrisola sus compromisos, actúa como eficaz estructura de plausibilidad que sostiene el sentido de su opción religiosa en una sociedad secularizada y pluralista, consolida la pertenencia eclesial. El grupo de fe y el acompañamiento personal son realidades complementarias, que se apoyan recíprocamente en el objetivo de personalizar y madurar la experiencia cristiana del joven.

⁵ Cf. J. G. BARRIO, *Acompañamiento espiritual: ¿en qué y hacia qué?*: Sal Terrae 73 (1985) 350. 351.

⁶ J. SASTRE GARCÍA, *El acompañamiento espiritual. Para la pastoral juvenil y vocacional*, San Pablo, Madrid 1993, 58.

El acompañante como testigo de la fe e instrumento del Espíritu

Si la fe cristiana no es simplemente una lista de verdades, ni un código de prohibiciones o de mandatos morales, si la fe cristiana es, ante todo, una experiencia de vida, una experiencia de Salvación, un don de Dios, debemos necesariamente concluir que el auténtico protagonista de la comunicación de la fe es el Espíritu Santo. Es él, el que suscita la fe como realidad teológica en el corazón humano. Su presencia misteriosa se hará convicción personal en el proceso de maduración cristiana: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). Ese fuego que arde en el corazón, ya antes de la explicitación consciente de la experiencia cristiana, es el Espíritu: «Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podrá hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del Reino anunciado»⁷.

Por tanto, todo el que quiera comunicar la fe ha de sentirse instrumento libre y dócil de la acción del Espíritu en el destinatario del anuncio evangélico. El acompañante debe ser un testigo de la fe, un testigo que actúa desde la experiencia del Espíritu, en la comunidad de la Iglesia: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo» (Hch 1,8).

El compromiso de anunciar la fe ha de estar sostenido por un conjunto de actitudes, que son imprescindibles hoy. En primer lugar, el acompañante en el proceso de maduración cristiana ha de tener *conciencia de misión*: por su bautismo ha de sentirse llamado y enviado a transmitir la fe. Todo cristiano es, en este sentido, misionero. Y si los destinatarios del mensaje evangélico son jóvenes, hoy más que nunca esa conciencia de misión ha de concretarse en una *actitud de búsqueda*: hay que salir al encuentro del joven, caminar con él para conocer sus inquietudes y preguntas. Y para eso es necesaria una gran sensibilidad, que abra al misterio del ser humano, a sus sufrimientos y esperanzas, y un conocimiento real de la actual condición juvenil.

También es indispensable una *actitud de comprensión*, que implica cercanía afectiva, capacidad de discernimiento, compasión, en el sentido original del término. Hoy muchos adultos se sienten desconcertados ante los jóvenes. Resulta insoslayable una buena dosis de paciencia que sepa compaginar el afecto sincero y la exigencia educativa.

La comunicación de la fe necesita hoy más que nunca una auténtica *actitud de diálogo*, sin el cual no es posible crear el espacio adecuado para el encuentro

⁷ *Evangelii Nuntiandi* 75.

libre con la fe. Los jóvenes no aceptan ni el autoritarismo ni la imposición, pero se abren a la persona que tiene autoridad, porque posee calidad humana y credibilidad. Pero el testimonio de vida, del que anuncia la experiencia cristiana, ha de estar sostenido también por una real competencia en los temas de la fe y por una adecuada sintonía de lenguaje con los jóvenes, que implica una adecuada formación teológica, pastoral y pedagógica.

Y ¿cómo ha de ser comunicada la fe en el proceso de acompañamiento? Como eje y centro de la vida, como raíz y fuente de todo amor, de toda esperanza, de toda entrega. Esto obliga al acompañante a preguntarse qué lugar ocupa la fe en su vida, cuál es la experiencia nuclear de su persona. El anuncio coherente de la fe lleva, por tanto, a una *actitud de conversión*. No se puede transmitir la fe como se transmite un dato, o una cifra, o una receta. El que anuncia la fe, que es una experiencia de vida y de salvación, ha de partir, a pesar de sus dificultades e incoherencias, de una convicción vital que ilumina su existencia. Es, en la tradicional expresión cristiana, un confesor de la fe, testigo de la misericordia de Dios, testigo de la presencia del Espíritu de Jesús en la historia. Acompañar a un joven en la aventura de la fe exige una considerable madurez humana y una adecuada formación, ser un creyente convencido y tener una profunda vida de oración, ser capaz de entablar una relación interpersonal.

Para el acompañamiento personal han sido muy fecundas las elaboraciones de la psicología humanista de Carl Rogers, en especial su análisis de las variables constituyentes de la relación de ayuda en el ámbito de la terapia individual. Sobre todo nos interesan las tres actitudes básicas -la congruencia, la aceptación incondicional y la empatía- que, según C. Rogers, deben estructurar la personalidad del orientador o psicoterapeuta, si quiere servir de ayuda a alguien:

«Por consiguiente, la relación de ayuda que encontré se caracteriza de mi parte, por una especie de transparencia que pone de manifiesto mis verdaderos sentimientos, por la aceptación de la otra persona como individuo diferente y valioso por su propio derecho, y por una profunda comprensión empática que me permite observar su propio mundo tal como él lo ve. Una vez logradas estas condiciones, me convierto en compañero de mi propio cliente en el transcurso de la aterradora búsqueda de sí mismo que ya se siente capaz de emprender»⁸.

El adulto que acompaña al joven en su camino de fe debe ser una persona congruente, coherente, auténtica, transparente, es decir, alguien «en acuerdo consigo mismo», que sea capaz de captar los sentimientos y vivencias que le están afectando en la relación, que no viva en desacuerdo entre lo que está

⁸ C. R. ROGERS, *El proceso de convertirse en persona. Mi técnica terapéutica*, Paidós Ibérica, Barcelona ³1982, 42.

sintiendo a nivel profundo y lo que conscientemente está percibiendo y diciendo. La comprensión empática le ayudará a discernir los sentimientos que experimenta el joven, evitando la identificación emocional con él y tratando de captar su mundo experiencial desde su misma perspectiva personal. Y esto es factible si se da en el acompañante una actitud de acogida incondicional, que creemos fundamental, si queremos tener acceso al encuentro con el joven especialmente inseguro y vulnerable de nuestros días.

Aceptación incondicional del joven

Los jóvenes de hoy son muy sensibles al reconocimiento personal. Ya hemos dicho cómo valoran, sobre todo, a la persona en concreto frente a los principios o instituciones. Por tanto, exigen para ellos respeto, consideración, ser escuchados, y, en especial, ser acogidos.

Cualquier iniciativa pastoral debe partir de una aceptación incondicional del joven, que evite toda actitud crítica y valorativa. Si queremos crear el clima de confianza imprescindible para que sea posible el acompañamiento personal en la fe, es necesario que el acompañante conozca su historia, sus inquietudes, sus expectativas. Esto supone también el análisis por parte del agente de pastoral de la condición juvenil actual, de las corrientes y tendencias culturales y sociales que están configurando el perfil generacional de los jóvenes de nuestra sociedad.

En su fragilidad y vulnerabilidad, frutos de su falta de identidad y de su fragmentación interior, el joven ha de vivir en el ámbito del anuncio de la fe la experiencia de aceptación y acogida que sintieron Zaqueo o Leví el publicano de parte de Jesús.

Si queremos favorecer su apertura a la fe, debemos suscitar en él el «contexto experiencial humano»⁹ que haga posible la escucha del mensaje evangélico. Y a ese contexto experiencial pertenece la asunción de su biografía, de sus fracasos, de sus anhelos, de su persona concreta y limitada, que busca un sentido, una respuesta a sus demandas. La acogida incondicional por parte del acompañante resulta ineludible para hacer posible ese espacio interior de libertad y de responsabilidad, de inquietud y de búsqueda en el que el joven pueda abrir su corazón a la presencia del misterio de Dios. Y esa acogida incondicional facilitará el encuentro, en el que la revelación personal del joven, aunque sea parcial, ha de verse correspondida por la aceptación confiada por parte del comunicador de la fe. Sólo así es posible hacer surgir la actitud de escucha y la disposición a un compromiso responsable. Pero esto no significa renunciar a la

⁹ Cf. J. LOIS FERNÁNDEZ, *Consideraciones para una teoría de la comunicación y transmisión de la fe*, en: *La transmisión de la fe en la sociedad actual*, Instituto Superior de Pastoral. II Semana de Estudios de Teología Pastoral, Verbo Divino, Estella 1991, 254.

objetividad ni quedar apresados en un subjetivismo que mutile la realidad, ni olvidar la imprescindible dimensión comunitaria y social de la fe, que no puede quedar encerrada exclusivamente en el ámbito de la intimidad intersubjetiva. Y la palabra, que sostiene y expresa la experiencia cristiana en el encuentro personal, nos descubre que siempre somos deudores de un entorno de sentido compartido y de una comunidad eclesial, que es, en último término, el verdadero sujeto de la fe¹⁰.

La relación interpersonal y el modelo de coloquio

El acompañamiento personal sólo se puede entender como un encuentro, como una relación interpersonal en la que el adolescente o el joven, sintiéndose incondicionalmente acogido, se abre con libertad y responsabilidad a la experiencia del amor de Dios en su historia. El aspecto psicológico de la relación es muy importante, pero no puede ser considerado ni lo esencial ni lo determinante. Acompañante y acompañado han de ser conscientes de que se trata de un encuentro en la fe, de que el Espíritu es el auténtico protagonista, que les guía a ambos hacia la maduración en Cristo Jesús¹¹.

El acompañamiento no es una relación de amistad. Se dan en él actitudes, compromisos, valores compartidos que son propios de esa relación. Pero le falta algo esencial: la igualdad, la reciprocidad en la afectividad y en la comunicación. Además el acompañamiento tiene, por naturaleza, un punto y final, aunque no siempre se pueda determinar desde el principio. La amistad, sin embargo, tiende a estar sostenida por una decisión para siempre.

Podemos considerar el acompañamiento como una relación de ayuda, con una cierta vertiente terapéutica; pero que no puede identificarse con una terapia psicológica. El dato de fe es insoslayable: es el marco de referencia último. Por eso la aportación de la «no-directividad» de Carl Rogers, o de «la terapia centrada en el cliente», como él la llamaría más tarde, ha sido ciertamente estimulante en este ámbito del acompañamiento personal, pero tiene sus límites, de los que hay que ser muy conscientes.

La aplicación del pensamiento de Rogers al campo pastoral¹² ha planteado interrogantes de calado sobre su concepto inmanentista de los valores, sobre el círculo cerrado en el que se mueve la autorrealización, sobre la debilidad de los argumentos que sostienen su concepción optimista de la naturaleza humana,

¹⁰ Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *Encuentro*, en: R. LATOURELLE-R. FISICHELLA-S. PIÉ-NINOT (ed.), *Diccionario de Teología Fundamental*, Ed. Paulinas, Madrid 1992, 377.

¹¹ Cf. Ef 4,13.

¹² A finales de los años 60, en el campo anglosajón, el debate sobre la utilización del método rogeriano en la pastoral era muy crítico; cf. Y. SAINT-ARNAUD, *La consulta pastoral de orientación rogeriana*, Herder, Barcelona 1972, 61-67.

sobre la ausencia de un plan concreto de acción, de modelos de conducta y de valores a alcanzar¹³. Con ocasión de un debate público celebrado en 1952 en la *American Association of Marriage Counseling*, un pastor protestante preguntaba a C. Rogers sobre la posibilidad práctica de aplicar su propuesta terapéutica en una situación pastoral. Rogers admitió que el pastor, como tal, tenía múltiples obligaciones específicas y reconoció que en tal situación su forma de proceder terapéutico no sería práctica, pero que las actitudes del terapeuta deberían seguir aplicándose¹⁴. En esta misma dirección apuntamos nosotros, cuando hablamos de las modalidades de encuentro en el acompañamiento personal, si bien reconocemos que las actitudes de las que habla Rogers no son aplicables tal como él las propone: ni la congruencia total ni la acogida totalmente incondicional son posibles¹⁵.

Por otro lado, las terapias de acción han ido mostrando las deficiencias de las terapias del «insight» (intuición o percepción), que creen cumplida su misión cuando la persona ha intuido o percibido en profundidad su problema y no ven la necesidad de elaborar programas concretos de acción para la modificación de la conducta. Robert R. Carkhuff con su modelo terapéutico pretende tender un puente entre las terapias del «insight» (p. ej. la rogeriana) y las terapias de acción (p. ej. la conductista), que sólo se preocupan del «cómo» se modifica una conducta disfuncional, dejando a un lado el «porqué». Carkhuff reconoce los aspectos positivos de una y otra posición y propone un modelo ecléctico en el que se intenta establecer una relación de ayuda, que haga consciente a la persona de los «déficits» de su conducta, y en el que además se utilizan medios de las terapias de acción para definir las metas a alcanzar y los programas sistemáticos para conseguirlos¹⁶.

El modelo de coloquio de R. R. Carkhuff es, en mi opinión, muy apropiado para desarrollar la relación interpersonal que sustenta el acompañamiento personal. Sus cuatro puntos claves son:

- Acoger: prestar a atención a la persona.
- Responder: facilitar y estimular el proceso de autoconciencia del sujeto con intervenciones adecuadas.
- Personalizar: colocar al sujeto frente a sus propias responsabilidades sobre la situación que es objeto del coloquio.

¹³ B. GIORDANI, *Encuentro de ayuda espiritual. Adaptación del método de R. R. Carkhuff*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1985, 165.

¹⁴ Y. SAINT-ARNAUD, *o. c.*, 66.

¹⁵ Cf. A. CAMPOS, *La psicoterapia no directiva. Exposición y crítica del método rogeriano*, Herder, Barcelona 1982, 182-197.

¹⁶ Cf. M. MARROQUÍN, *La escucha activa en: Incomunicación y conflicto social*, Asetes, Madrid 1984, 293-294.

-Iniciar: definir la meta, proponer compromisos, programar y verificar un plan de trabajo, con el apoyo del acompañante¹⁷.

El encuentro personal es imprescindible en el acompañamiento en la fe. Utilizar uno u otro modelo para el coloquio será cuestión de formación o de experiencia adquirida o compartida. Lo decisivo para el agente de pastoral será prepararse lo mejor posible: tener las actitudes humanas imprescindibles para una relación personal, adquirir y ejercitar las destrezas necesarias para lograr que el encuentro alcance sus objetivos, evaluarse a sí mismo y evaluar la situación del acompañado, no sólo desde parámetros técnicos, sino, sobre todo, desde su compromiso religioso y pastoral.

Pero quisiera decir una última palabra sobre algo que es fundamental para el encuentro personal que, con frecuencia, se da por descontado y que, sin embargo, no resulta fácil: saber escuchar¹⁸. Si la escucha es deficiente, el acompañamiento puede resultar un entretenimiento estéril. Escuchar implica hacerse cercano y vulnerable a la persona que nos habla y a los problemas que le preocupan. Y no siempre se está dispuesto a ello de verdad, porque una escucha auténtica, profunda y respetuosa no es frecuente: escuchar no es simplemente oír, ni meramente entender palabras. Escuchar no es sólo cuestión de buena voluntad, pues es una destreza compleja, que necesita dedicación, estudio y entrenamiento para ser dominada.

La escucha exige una disposición personal del acompañante que se decide libremente a sintonizar con el núcleo más personal e íntimo de la persona que se comunica con él. Hay que saber escuchar el contenido de las palabras y los mensajes ocultos que hay detrás del lenguaje no verbal, de forma que se pueda captar el mundo emocional del comunicante, sus referencias, explicaciones y matices, y, especialmente, las demandas últimas, que, en el fondo, el sujeto está planteando al acompañante. Podríamos definir la escucha¹⁹ como la técnica de acoger a la persona que nos habla y descodificar adecuadamente su lenguaje verbal y no verbal a fin de comprender los distintos contenidos de su mensaje.

Acompañar desde la vida

Acompañar desde la vida diaria: el pensamiento posmoderno nos ha ayudado a redescubrir el sentido, el valor de la cotidianidad frente a las

¹⁷ Sobre el desarrollo de este modelo de coloquio, cf. B. GIORDANI, *o. c.*, 171-198.

¹⁸ Cf. J. MADRID SORIANO, *La destreza de escuchar en: Hombre en crisis y relación de ayuda*, Asetes, Madrid 1986, 287-329.

¹⁹ Cf. *ibid.*, 304.

amenazas de los poderes anónimos de la política, de la economía, de la tecnología. Es en ella donde se juega el destino del hombre²⁰.

Por tanto, el acompañamiento personal no puede plantearse ni como un oasis artificial, ni como un compartimento estanco, sino como una relación interpersonal que se desarrolla en el devenir gris o luminoso de la existencia concreta de cada día, en el realismo de lo cotidiano. Es ahí donde el agente de pastoral debe iniciar al joven en el discernimiento espiritual, que es el objetivo más abarcante del acompañamiento: discernir la presencia de Dios en su vida, discernir sus motivaciones, sus anhelos, sus deseos, de forma que su persona y su historia se desarrollen a la luz de la voluntad de Dios, a la luz de su designio de amor. Y para eso es imprescindible abrir el corazón y la mente del joven a la necesidad de la oración personal, que crea la atmósfera adecuada, la disponibilidad necesaria para seguir las mociones del Espíritu.

Los adolescentes y jóvenes cristianos de hoy participan con gusto en celebraciones comunitarias, si están configuradas con símbolos y elementos estéticos que favorezcan las emociones religiosas, la vivencia de sentimientos de comunión psicológica, la sensación de sentirse apoyados, sostenidos, acogidos. No hay que despreciar esta sensibilidad juvenil, que nace de ciertas necesidades humanas, que hemos apuntado más arriba. Pero conviene tener muy claro su gran ambigüedad. Por eso quiero subrayar la necesidad de conducir al joven de forma progresiva y pedagógica a la experiencia de la oración personal, que sabe enfrentarse, desde la fe, al misterio de Dios, amor infinito, que nos sale al paso en su inevitable oscuridad, en su doloroso silencio. Si no hay oración personal, en la que no es tan importante el cómo, sino la conciencia creyente de a quién se dirige, la oración comunitaria y las celebraciones litúrgicas tendrán una apoyatura muy frágil e inconsistente en la estructura humana y religiosa del joven.

El discernimiento debe conducir al joven a un proceso de maduración vocacional. Pero este proceso tendrá poco éxito, si no está apoyado en la base firme del compromiso. Opción vocacional, oración y compromiso se condicionan mutuamente. La oración es el momento culminante de la fe, pero debe ser una oración, personal o comunitaria, enraizada en la vida concreta, verificada por la decisión de humanizar la realidad a través de serios compromisos, adecuados a la edad y a las circunstancias existenciales del adolescente y del joven.

Y el instrumento preciso para recorrer este camino es el llamado «proyecto personal» de vida, que el joven debe plantearse con toda libertad, siendo

²⁰ Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo*, CCS, Madrid 1996, 97-98.

consciente de su propia realidad y de la presencia de Dios en su historia. El acompañante le aportará los medios necesarios para su elaboración, pero, sobre todo, le ofrecerá su persona, su experiencia creyente, su cercanía para poder ir creciendo y madurando según la voluntad de Dios, discernida en la vida concreta de cada día.

2. *La transmisión de los contenidos de la fe*

Como indican las encuestas de los últimos años y como se ve por la experiencia diaria, entre los adolescentes y jóvenes españoles se da una gran ignorancia religiosa. Son frecuentes, además, las confusiones e incoherencias en los contenidos de la fe, e incluso se descubre la tendencia a un cierto sincretismo religioso que hace compatible, por ejemplo, la pertenencia a la Iglesia Católica y la aceptación plena de la reencarnación, en lugar de la tradicional escatología cristiana. Para describir esta situación de la religiosidad juvenil se echa mano de expresiones como cristianismo a la carta, bricolaje religioso, o construcción individualizada del propio universo religioso. Es evidente que la Iglesia tiene graves dificultades a la hora de transmitir los contenidos de la fe.

No podemos entrar aquí en los problemas que se plantean en la catequesis o en el papel que podría jugar la clase de religión, correctamente entendida, como un elemento de clarificación en el confuso universo religioso de los jóvenes. Pero sí queremos hacer algunas precisiones de carácter fundamental.

En primer lugar habría que lograr que en todo planteamiento pastoral estuviera clara la llamada «jerarquía de verdades», que hiciera aparecer nítidamente el centro de la fe. ¿Por qué hablamos de centro de la fe? El contenido de la fe no es algo amorfo y desestructurado. No debemos presentar las verdades cristianas como bolas de billar que se pueden almacenar indistintamente o como perlas de un collar que pueden ser engarzadas a capricho. La revelación tiene un núcleo, un centro que sostiene e ilumina todas las restantes verdades de la fe, que son, en último término, desarrollos legítimos de ese centro.

La jerarquía de verdades, de la que habla el Vaticano II, no es un principio de selección de verdades, sino un principio hermenéutico: trata de interpretar cada verdad en su relación con el conjunto y con el centro trinitario y cristológico de la fe²¹. No supone ninguna mutilación de la fe, ni significa ninguna clase de minimalismo en la reflexión y predicación de la fe. La conciencia de esta

²¹ Véase el decreto sobre ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*), n. 11: «Además, en el diálogo ecuménico los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de la Iglesia, al investigar con los hermanos separados sobre los divinos misterios, deben proceder con amor a la verdad, con caridad y con humildad. Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o "jerarquía" en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana.»

jerarquía de verdades nos debe llevar a mantener la fe en su integridad, con un sentido profundo de la proporción y de la importancia de los diversos contenidos de la fe en relación con la salvación del hombre.

Esta reflexión nos permite plantear una táctica pastoral, que teniendo presente la integridad de la fe, sabe exponerla de acuerdo a la situación histórica y humana concreta. Debemos facilitar a los jóvenes el acceso experiencial al núcleo de la fe: a la experiencia única de la salvación de Dios, que se ha manifestado de forma definitiva e insuperable en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu. Hay que despertar su sensibilidad a la infinita misericordia de Dios, que es mediada en la historia por la Iglesia, la comunidad de creyentes, santos y pecadores, que creen en Jesucristo.

Y esta es la segunda cuestión que hay que tener muy en cuenta: la Iglesia. Sin ella no es posible la fe cristiana. ¿Pero cómo hacerla plausible a los adolescentes y jóvenes de hoy? ¿Cómo superar el rechazo total o parcial, la indiferencia o la crítica sistemática y destructiva? Habría que ayudarles a no identificar simplemente la Iglesia con la jerarquía y a descubrir que ésta tiene una misión ineludible al servicio de la fe, como instancia de unidad y como salvaguardia de la plenitud de la fe. No habría que olvidar que el joven necesita la experiencia directa con las realidades que le conciernen: el encuentro personal y el diálogo sereno con laicos comprometidos, con sacerdotes y obispos sería un instrumento muy eficaz en el acercamiento de los jóvenes a la Iglesia. En una atmósfera de sospecha frente a la institución sólo la relación sincera, cordial y abierta con las personas puede disipar prejuicios y abrir posibilidades de comprensión. Y por otro lado, el grupo juvenil de fe se puede convertir en un símbolo significativo de la realidad eclesial. Los adolescentes y jóvenes viven con intensidad su vida de grupo como punto de referencia y ámbito de acogida y amistad. Pero habría que ayudarles a abrirse a la realidad plural y planetaria de la dimensión comunitaria de la Iglesia. Sólo si la Iglesia, en el encuentro concreto con sus miembros más representativos, se muestra creíble, podrá ser reconocida y aceptada por los jóvenes de hoy.

En tercer lugar, la transmisión de los contenidos de la fe necesita un lenguaje apropiado. La comunicación de la experiencia cristiana no puede permitir la mutilación del mensaje revelado, ya sea haciéndolo víctima de ciertos aspectos de la sensibilidad actual, ya sea traduciéndolo en categorías culturales que cercenan contenidos de la revelación. Sin embargo estas posibilidades negativas no nos pueden hacer olvidar que un mensaje no comprendido produce indiferencia. Las palabras teológicas de «siempre» pueden ser un obstáculo insalvable para el anuncio de la fe. Por tanto, dentro de la ingente tarea de traducir los contenidos de la fe en este momento de la historia, con sentido de creatividad y sostenidos por la fidelidad a la Revelación y a la Tradición, debemos ir elaborando conceptos, lenguajes, narraciones y parábolas,

símbolos, que traduzcan y comuniquen la experiencia cristiana de forma inteligible. Hay que vincular estrechamente los contenidos de fe con la experiencia humana actual, con los anhelos y preguntas de los jóvenes, con sus inquietudes y con sus demandas de sentido.

ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ